

EL PENSAMIENTO SOCIAL EN EL NUEVO MOVIMIENTO CONSERVADOR

ROGER MENDIETA ALFARO

Fiel a la norma de que REVISTA CONSERVADORA sea una mesa redonda del pensamiento conservador en la que los conservadores puedan exponer y discutir las ideas y los problemas del país, publicamos el artículo de Róger Mendieta Alfaro sobre el PENSAMIENTO SOCIAL EN EL NUEVO CONSERVATISMO. Pero como el artículo contiene algunos conceptos puramente subjetivos y muy personales del autor sobre lo que, a su juicio, es el conservatismo, hacemos la advertencia, para evitar desorientaciones, que su publicación no significa que la Revista prohija todos los conceptos expuestos en él. El conservatismo es un pensamiento que tiene raíces permanentes en ciertos principios generales que le permiten una gran movilidad y amplitud para recoger y encausar, en cada contingencia histórica, los valores que cada generación aporta al acervo común de la cultura, la política y la vida social y económica, a diferencia del liberalismo que es una construcción doctrinaria cerrada e inmutable.

Pero el conservatismo perdería la sustancia de sus postulados básicos que han asegurado su permanencia en el espacio y en el tiempo, si fuera a convertirse en algo delicuescente por una especie de maremagnum en que cada cual tiene su propio concepto de lo que subjetivamente es el nuevo conservatismo. Dejaría de ser el pensamiento respetable que le ha asegurado una posición sobresaliente, a través de todas las vicisitudes y cataclismos históricos, de los que siempre ha salido, si bien remozado, pleno de vigor dialéctico y de perenne actualidad gracias a la unidad interna de sus principios básicos que es condición indispensable de todo sistema de pensamiento filosófico o político.

Hecha esta advertencia las páginas de REVISTA CONSERVADORA permanecen abiertas a la discusión de las ideas a fin de que el Conservatismo pueda ser enriquecido sin que se rompa la unidad interna de sus principios esenciales por los nuevos aportes de nuestra generación.

LA DIRECCION

"Cuando hablo de conservadores, no me refiero a los conservadores de Nicaragua que esos son más avanzados que los liberales de allá" FIGUERES.

Mucho se habla sobre liberalismo y sobre conservatismo, afirmándose erradamente esto es bueno y aquello es malo. Se habla algunas veces con manifiesta mala intención o con manifiesta ignorancia. Se recurren a argumentos falsos, desusados, para referirse a una u otra tendencia. Se apela a un conservatismo liberal, al que bien alude brillantemente don Antonio Zambrana en su carta a Martí, o a un libero-conservatismo de Zelaya, por ejemplo en el pasado, o de Somoza en la actualidad.

Ocurre que siempre llevamos las cosas a los extremos sin saber abordarlas. Nos apropiamos de ellas con un simplismo absoluto, sin importarnos si lo estamos haciendo bien o mal.

Vamos a aclarar. ¿Qué queremos decir cuando nos llamamos conservadores o liberales? Los conservadores decimos que somos los mejores porque llenamos una etapa honesta y brillante en la historia de nuestro país con aquellos famosos Treinta Años. Los liberales creen que es al contrario, y que son ellos los avanzados, porque tienen dentro de cierta forma de pensar, opiniones diversas, casi insustanciales en con-

tradicción a las nuestras. Creen que son más revolucionarios porque hipócritamente no asisten a una iglesia católica, o porque se sienten con más autoridad para hablar de los clérigos, o porque asisten a las catacumbas de la masonería.

¿Y qué se ha dicho con esto?

Sencillamente, nos concretamos a revivir un conservatismo y un liberalismo esencialmente clásico, de su época, en desuso, como si no tuviéramos elementos de juicios notables que nos hicieran entender lo contrario. En el pasado, ambas tendencias se fusionaron. Desde hace años hemos vivido especulando y se ha perdido el tiempo.

Tenemos que afirmar que experimentamos una flagrante equivocación, que nos hemos atado al pasado; que hemos gobernado al influjo de una corriente exterior y nada más, sin que la hayamos comprendido en toda su esencia. Pero lo más grave fue, que nos desvinculamos de esa expresión exterior porque encontramos cómoda la importancia de esa primera corriente y nos hicimos la ilusión que habíamos tocado el paraíso.

Los viejos conservadores entraron de lleno a formar parte, aunque sin darse cuenta, del liberalismo clásico de Smith y de Bentham. Ello sencillamente, porque estaba en perfecto acuerdo a su naturaleza de propietarios, porque el pensamiento económico de Smith y Bentham los ubicaba científicamente en una línea que aún no habían justificado científicamente. Es pues, su propia naturaleza de empresario, de poseedores lo que los atrajo. En conclusión, con el sistema de propiedad y libre empresa que fue determinante en el desarrollo económico de Inglaterra y Francia, así como el resto de los países europeos.

Si aplicamos la política económica liberal de Smith y Bentham al sistema social en cierto ciclo del desarrollo de Nicaragua, vemos que aquí es donde surgen las dos tendencias, aunque todavía sin esos nombres con que los llaman en Europa. La Independencia plantea el hecho social del colonizador criollo, y del resultado de esta lucha entre capital y trabajo, entre explotados y explotadores, entre siervos y señores, surge la tendencia liberal y la tendencia conservadora. Y sucede lo que en términos de economía política significa lo contrario; pues los luchadores sociales, los reformadores, hacen una confusión de conceptos económicos clásicos con una necesidad de justicia social, y se auto-llaman, o los llaman liberales.

El concepto liberal en la historia del mundo ha estado al servicio de una serie de situaciones sociales; algunas veces beneficiosas para los que pugnaban por una transformación socio-económica y otras en contra de éstas. Según como se le interprete y quien lo interprete.

Por ejemplo, se da el caso de que las luchas sociales modifican la tendencia de la tierra, y con ello el desposeído se convirtió en poseedor, adquirió las costumbres burguesas de los propietarios, pero continuó llamándose liberal.

En principio, con el salto de una a otra clase, la lucha que antes animaba a éstos perdió interés. Y el resultado es, que aquellos que en el pasado eran sus seguidores iguales, se convierten en servidores, y en un tiempo breve se dieron cuenta que su estado social no había cambiado y que tenían que comenzar de nuevo.

Es por ello que si revisamos a estos partidos, nos encontramos con que el concepto liberal de Smith subsiste en todos sus elementos económicos, culturales y ambientales en el actual sistema social que viven los nicaragüenses, y que este liberalismo manchesteriano afecta notablemente a los llamados conservadores, imprimiéndoles y exigiéndoles en todas sus cosas, un clásico comportamiento liberal. Sigue pues, predominando la vieja equivocación que aludimos anteriormente y ella en sí, no enseña indicios de cambio.

El nuevo pensamiento social de los neo-conservadores, sin embargo, se muestra, por lo menos, físicamente distinto. Está ubicado en la misma posición de un socialismo cristiano, demócrata-cristiano o social-demócrata, si es que le debemos llamar así, exigiendo cambios profundos que modifiquen la es-

tructura socio-económico del estado semi-colonial imperante.

¿Se puede afirmar que por ello ha dejado de ser conservador? Vamos a contestar.

El nuevo conservatismo exige en nuestros países, o ciertos países en donde predomina el concepto de la tradición y que están sometidos por un atraso económico peligroso, a un cambio de mente. Ha llegado a convertirse en un motor necesario e importantísimo. Pudiera interpretarse mal este pensamiento y hasta podría admitirse como una contradicción, lo cual salvamos de antemano. Sin embargo, el concepto se ha visto modificado sustancialmente por el tiempo y las circunstancias. Ahora es vivo y dinámico. Ello mismo es lo que ha permitido que en Alemania todavía permanezca vigente un partido conservador, animando una poderosa revolución industrial democrática y socializante.

En otros países ha adquirido fisonomía de movimiento demócrata-cristiano o social-cristiano. En Nicaragua, en donde los cambios están sujetos a ciertas características especiales, a complejas circunstancias de raíz cultural, histórica, etc., y sobre todo, se han rezagado por el aislamiento inveterado de los dirigentes políticos de los partidos con relación a los movimientos que llenan la geografía de América y del mundo, existe la tendencia a hacer que el viejo nombre prevalezca, aunque sus esencias puramente programáticas hayan sido modificadas.

Ninguno de los militantes del conservatismo en la actualidad y en el pasado, a excepción de don Fruto Chamorro, del ex-presidente don Diego Manuel Chamorro y del doctor Carlos Cuadra Pasos fueron realmente conservadores. Representaron una y otra tendencia, porque actuaron poniendo en vigencia elementos de unos y otros. Zavala, Carazo y el resto de presidentes de los Treinta Años fueron esencialmente liberales. El pasado gobierno de Somoza y el actual de su hijo es un gobierno libero-conservador. Nosotros no podemos invertir los términos únicamente porque a Juan o Pedro se le antoje.

Y un hecho social confirma lo que venimos exponiendo: tanto los llamados liberales como los llamados conservadores quieren heredar a sus hijos lo que ellos son y lo que ellos aprendieron. Los colegios de docencia religiosa están llenos de estudiante de uno y otro bando, sustentando la misma educación, buscando el mismo objetivo, nutriéndose con las mismas costumbres y moldeándose bajo el mismo ambiente. ¿Puede haber alguna diferencia entre unos y otros? He aquí la contestación de este estudio. Eso de que ambos sean hijos de distintos medios económicos: uno, burócrata-terrateniente y el otro de cierta clase de aristócratas-comerciantes, etc., no altera lo sustancial de lo que estamos empeñados en demostrar. Si lo que originalmente provocó la división de bandos en grupos partidarios ha desaparecido; si se dio el hecho social de que con el andar del tiempo los colegios, el club, los negocios juntaran a estos bandos, ¿podríamos lógicamente, diferenciar unos de otros? Si aún esto fuera posible, representaría una ridícula

diferencia. Los sociólogos y los investigadores de estos hechos creen que esta diferencia no existe.

Podría suceder de que alguno de ambos bandos no actuaran con la misma razón honesta que anima al otro, pero ya esto no entra en el terreno de la doctrina política ni del concepto ideológico, sino en el terreno de la moral, y la moral no es una cuestión de conceptos económicos sino de formación individual y sobre todo, de conciencia.

Hemos oído muchas veces a los liberales referirse a su gobierno, justificándolo porque hicieron tal o cual obra monumental, o porque se dio el caso de que en tales o cuales años, el país experimentó un crecimiento económico. A ello contestamos que lo primero es obra del tiempo y lo segundo obra de la demanda de nuestros artículos de monocultivo en el mercado exterior; y que ni el tiempo ni el comercio son o pudieron haber sido liberales.

Lo mismo criticamos a los que dicen que el "conservatismo es una actitud ante la vida" o "una revolución perenne". Esto no es cierto por dos razones

muy simples: todo es una actitud ante la vida y lo de revolución es una negación del concepto.

El conservatismo tiene que ser más que eso, porque si eso fuera sería una cosa hueca y hubiera perdido importancia.

De allí la necesidad de esa modificación a que nos referimos y a buscar una verdadera ubicación en este maremagnum de cambios que experimenta, sobre todo, América Latina.

El nuevo pensamiento conservador no es una actitud ante la vida sino que un hecho real con base programática y con principios económicos de empuje. El conservatismo nuestro —único que se da en América Latina—, debe que ser como el conservatismo alemán, dentro de sus relativas demandas geográficas y culturales; un conservatismo dinámico, con un gran sentido de fondo social y de cambios profundos. En otras palabras, un conservatismo revolucionario en donde estén participando todos los medios de producción y todas las clases sociales. En conclusión, un conservatismo democrático.